

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

La Novela Semanal Cinematográfica

PROPAGANDA



El triunfo de
la audacia

por
George O'Brien
Helen Chandler
Joyce Compton

50 cts.



FORD, John



BIBLIOTECA

Los Grandes Films

o o

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BUSCAON

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Telef. 18351

* *"Salute"*

Film Jorano

El triunfo de la audacia

Simpático asunto, interpretado por
George O'Brien, Helen Chandler,
Joyce Compton, William Janney,
etc.



Es una producción **FOX**

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 286 - BARCELONA

* *Filmog. F. Ideal 169 (1-6-1965)*



FORD, John



BIBLIOTECA

Los Grandes Films

III

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MASO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Telef. 18661



"Salute"

Film Sonoro



El triunfo de la audacia

Simpático asunto, interpretado por
George O'Brien, Helen Chandler,
Joyce Compton, William Janney,
etc.



Es una producción **FOX**

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 988 - BARCELONA

* Filmog. F. Ideal 169 (1-6-1961)

El triunfo de la audacia

Argumento de la película

Cerca de la Academia naval de Annápolis, se levantaba el hermoso hogar del almirante retirado Randall.

Una mañana, el ilustre almirante a quien el país debía tantos días de gloria, estaba hablando con su pariente el general Somers.

—¡No te aflijas, amigo mío!—decía Randall, sonriente—. No parece sino que hubiéramos mandado a nuestro nieto Paúl a la cárcel en vez de la Academia Naval.

—Hubiera sido mejor que le mandases

a West Point. Mira lo que el ejército ha hecho de su hermano Juan. Un valiente, un verdadero campeón.

—No olvides, Somers, que es hijo de mi hijo y los Randall pertenecen a la Armada.

—Sí, pero también es hijo de mi hija, y los Somers pertenecen en cuerpo y alma al Ejército. No olvides eso.

—Tú tampoco debes olvidar que cuando los muchachos se quedaron huérfanos, acordamos que tú criarías uno y yo el otro.

—Es verdad. Tienes tú derecho sobre Paúl...

Y se resignaron a tener un nieto militar y otro marino, cuando mejor hubiera querido Randall que los dos perteneciesen a la Armada, y Somers que vistieran el uniforme brillante del Ejército.

Cerca de allí, paseando por uno de los jardines de un elegante círculo, donde se reunían marinos y militares y hermosas muchachas, cuamoradas de aquellos uniformes y de quienes los llevaban, se hallaban Juan y Paúl Randall, los dos jóvenes cuyo porvenir había sido causa de que constantemente disputasen sus abuelos.

Juan era el mayor. Cadete de West Point,

prometía ser un bravo y decidido oficial. Su popularidad era grande, por tratarse de uno de los campeones de "rugby", de uno de los ases del equipo militar...

Audaz, enérgico, valiente, era respetado y querido por todos, y la vida parecía allanar ante él todas las dificultades. Las mismas mujeres le admiraban y muchas jovencitas románticas soñaron en ser un día esposas de aquel afamado triunfador.

El reverso de la medalla era su hermano Paúl. Más joven que él, no llegaría a los veinte años, era tímido y apocado, con el temor de los que apenas abandonaron nunca el hogar... En su alma flotaba el entusiasmo por la vida naval, pero así y todo, muchas veces a solas con su conciencia, se había preguntado si servía para algo.

Iba a ingresar ahora en la Escuela Naval y por primera vez tendría que separarse de la compañía agradable y mimosa de su abuelo.

—Juan, siento cierta timidez cuando pienso en Annapolis —dijo—. Ojalá tuviese yo el carácter confiado y enérgico que tienes tú.

—Tú puedes hacerlo si te lo propones.

Permite que tu hermano mayor te dé un consejo. No dejes que nadie te aventaje.

—Pero...

—Animo... y si quieres algo, no esperes a que te lo den. Tómallo y guárdalo.

—Procuraré seguir tus consejos.

Se separaron los dos hermanos. Paúl se dirigió al salón de baile.

Estaban allí las familias más importantes de la ciudad, y una legión de mujeres guapas hacía pensar que uno se hallaba en un rincón del paraíso.

Juan Randall gozaba de unos días de licencia, y aprovechaba bien el tiempo, realizando estragos en los corazones femeninos.

Después de dejar a su hermano, aguardó unos instantes en el jardín, cerca de la sala de baile, en espera de una muchacha, la más coqueta de todas.

No tardó ésta en aparecer, diciendo sonriente y excusándose por su ligera tardanza:

—Espero que no te habré hecho esperar mucho, amorcito.

—Exactamente nueve minutos más de la cuenta, Marian—respondió el cadete, consultando el reloj de pulsera—. De modo que husqué a otra para compañera de baile.

Y deseoso de reírse de aquella mujercita, le hizo un gesto desdenoso, pues él no acostumbra a esperar a nadie, y se dirigió al salón invitando a bailar a otra chica no menos adorable que Marian.

Esta sufrió el desaire, pero como era coqueta y no permitía que nadie pudiera hacer burla de ella, al ver pasar a Paúl acercósele y le dijo con dulce cordialidad:

—Amorcito, acabo de negarme a bailar con Juan... porque quería decirte adiós a ti... a solas.

—¡Qué buena eres, Marian!—dijo el joven enlazando tímidamente a su pareja—. Y no puedes imaginarte lo que me apena separarme de ti.

—Procura ser siempre un héroe, un valiente, Paúl.

—Te lo prometo... y voy a tomar parte en los juegos de fútbol... ¡porque quiero que te sientas orgullosa de mí!

Terminado el baile, Paúl se separó de aquella muchachita a la que sólo le unía una fina amistad, y fué a reunirse con otros compañeros, aburriéndole aquel ambiente de diversión y deseando cuanto antes ingresar en la Academia Naval.

Y por su parte, Juan seguía cosechando laureles y triunfos, y hasta mezclado con todo ello... alguna merecida calabaza.

Al anochecer, los dos hermanos regresaron a casa del abuelo Randall. Juan marchó a su cuarto para preparar su equipaje, pues regresaba al día siguiente a la Escuela militar de West Point, y Paúl aguardó unos instantes en el gran salón de retratos.

Su abuelo, el almirante, mirando orgullosamente a aquel muchacho que iba a continuar la gloriosa estirpe de los Randall marinos, le dijo señalando con majestad los retratos que pendían de los grandes y tapizados muros:

—Esos son los retratos de nuestros antepasados... todos fueron marinos... todos sirvieron gloriosamente a su patria... Mañana tú también ingresarás en la Armada... sigue nuestra gloriosa tradición... pórtate como lo hicieron ellos.

—Trataré de ser digno de mi apellido, abuelo—respondió el muchacho irguiendo el busto—. Y sobre todo trataré de ser digno de ti.

—¡Gracias, Paúl! Así lo espero.

Un nuevo apretón de manos, símbolo de

que el pasado y el mañana se unían para conservar, sin mácula, las glorias familiares...

Y mientras el viejo Randall retiróse a su lecho para soñar en las glorias pretéritas, Paúl hizo lo mismo, pero meditando en los esplendores futuros, que acaso le esperaban...



La Academia Naval...

Recinto de las más bellas tradiciones... santuario de las proezas marítimas de una nación.

Aquella bella mañana azul, era día de ingreso de cadetes. Paúl y otros muchachos entraron por vez primera en el cercado del formidable edificio donde todo era orden y autoridad.

Entre los muchachos que iban a ingresar, figuraba un tal Albert Price, muchacho de una tranquilidad pasmosa que creía que los grados se ganaban sin esfuerzo alguno y entre canciones y risas. Tipo de estudiante

que quiere pasárselo lo mejor posible, sin poner demasiado sudor en el esfuerzo.

Al cruzar los muchachos el patio de entrada, el comodoro les dijo:

—¡Jóvenes, no se puede fumar!

Todos tiraron los cigarrillos sin la menor protesta, comprendiendo que desde aquel instante, su voluntad dependía ya de la férrea disciplina que exigían los superiores.

Únicamente Albert protestó con su eterna manía de singularizarse, manía que ya provenía de sus tiempos infantiles.

—Está bien, comodoro. ¡Guárdese la colilla hasta que salga!

—No sé si aguantará... Hay para varios años—dijo el comodoro, riendo.

—No importa.

Prosiguieron avanzando los muchachos, y Albert dijo a sus camaradas:

—De modo que no dejan fumar, ¿eh?... Supongo que también nos obligarán a usar camisones de dormir...

—Vale más que tengas cuidado—le dijo otro de los nuevos alumnos—. Los alumnos superiores, creo que son muy severos con los que se las echan de graciosos.

—Conmigo no podrán. No se atreverán

con Albert Price, el orgullo de su pueblo. Voy a modificar muchas cosas aquí.

Paul callaba, riendo interiormente y admirando el desparpajo de aquel camarada. Si él pudiera ser así... y no con aquel carácter que parecía atar todas sus hermosas iniciativas.

Al llegar al edificio de la escuela, los alumnos fueron distribuidos en las distintas habitaciones que debían ocupar, y luego volvieron a reunirse todos para prestar ante el comandante de la Escuela el juramento obligatorio.

Firmes, hieráticos, conscientes del acto que estaban realizando, oyeron como el superior les decía, poniendo una mano sobre los santos evangelios:

—Caballeros guardias marinas... ¿Juráis solemnemente defender la Constitución y cumplir fielmente los deberes que las leyes os manden?

Un sí unánime atronó el espacio, salido de cien corazones sin otro imperativo que el deber.

—Os felicito por vuestro juramento... y que Dios os lo premie... Os deseo muchos éxitos en vuestra carrera.

Aquel día fué de asueto, para que los guardias marinas pudiesen arreglar su equipaje, poner su ajuar en orden, arreglar las habitaciones de la manera que considerasen más ordenada y conveniente.

Pero a la otra mañana, comenzó la vida activa, plena de energías, de la Escuela Naval.

El alegre toque de diana, hermosa música de vida y esperanza, hizo saltar a todos de sus lechos.

Un desayuno frugal y luego el ejercicio en las amplias y limpias explanadas.

Ejercicio de marcha, de fusil, horas y horas hasta que comenzase a salir bien.

Todos atendían las explicaciones del sargento, sin protestar, todos menos Albert que seguía creyéndose un semidiós y parecía extrañarle que no le rindiesen adoración.

—Oiga, sargento, así no lo hacíamos en mi colegio—protestó cuando el subalterno le dió una orden sobre la manera de colocar el fusil.

—Aquí se hace como yo mando.

—¡Bien, sargento! Yo no tengo la culpa si usted no quiere aprender lo que le digo.

Era Albert el muchacho descontento de

todo, que quiere mandar, imponer sus iniciativas, creerse infantilmente un personaje.

Pero ni el sargento ni los camaradas le



... *atendían las explicaciones del sargento.*

hacían caso, dejándole con sus constantes protestas.

Después del ejercicio de marcha, vino el

de los remos... Embarcaron en una lancha y los guardias marinas comenzaron a remar de modo vigoroso, acompasado, siguiendo las instrucciones que les daba su superior.

Los remos, en bella uniformidad, cortaban las olas, majestuosos...

Paúl confundido entre sus compañeros, realizaba alegremente aquella faena, sintiéndose feliz al tragar las finas bocanadas de un aire que rizaba el mar.

Albert, el constante quejumbroso, hubo de dar su opinión poco favorable.

—Almirante — dijo al sargento —. ¿No han pensado alguna vez en ponerles motores a estos botes?

—Calla... y sigue remando.

—¡Qué cansado estoy!... No tendremos que remar los acorazados, ¿verdad?

El sargento se echó a reír y al cabo de unos instantes, dijo a todos:

—¡Echen los remos!

Los guardias marinas dejaron los remos en el fondo del bote pero Albert echó el suyo tranquilamente al agua.

—¿Está usted loco? ¿Cómo ha hecho eso? — le dijo el sargento.

—Usted perdone. ¿No dijo que echásemos los remos?

Es usted una verdadera calamidad.

Y dió orden de regresar a la playa, pues era la hora de descanso...

* * *

Antes de comer, y durante el rato de asueto que les concedieron, los guardias marinas fueron a pasear por los jardines cercanos a la Escuela Naval.

Cogidos todos del brazo, con la confianza de la amistad, iban cantando viriles y alegres canciones:

*Intrépida Marina
Avanza sin cesar
Ninguno tus laureles
Osará disputar...*

Una muchachita, deliciosamente rubia y encantadora, apareció junto a la verja de una de aquellas casas cercanas al edificio de la Escuela Naval.

Sonrió a los guardias marinas y les dijo:

—Eso no se canta así, muchachos.

Los muchachos se descubrieron, con el respeto que inspiraba a todos ellos, comunidad de hombres solos, la dulce presencia de una mujer.

—Somos "caloyos". No sabemos aún la canción—dijo Paúl, que estaba en primer término y que miraba sobrecogido de entusiasmo a aquella muchachita que parecía una imagen celestial.

—Pasen y les acompañaré al piano...

Los marinos entraron en el jardín particular y Paúl, rojo como la grana, admirado de su extraño rasgo de audacia, avanzó hasta situarse junto a una ventana abierta.

La chiquilla había entrado en la casa y asomóse poco después a la ventana, sonriendo a los guardias marinas.

Luego sentóse al piano y comenzó a tocar y cantar a la vez, imitándola todos los cadetes, dirigidos tímidamente por Paúl.

Siguiendo la dulce voz de la muchacha, los marinos entonaron mejor la canción, produciendo bellas armonías.

Acabado el canto, despidiéronse todos, y al ir a hacerlo Paúl, que seguía encendido y turbado ante la suave presencia de aquella muchachita, ella le preguntó señalándo-

le un nombre que llevaba el joven bordado sobre la guerrera:

—Usted se llama Paúl Randall, ¿verdad?

—Sí, señorita.

—Yo soy Nancy Wayne. Papá es el comandante Wayne del Departamento de Ingenieros.

—Muy contento de conocerla, señorita.

—¡Adiós, Randall!... Espero que nos veremos algún día.

Ella, llena de repentina simpatía por aquel joven de aspecto encogido y delicado, le tendió la mano, que el joven estrechó con emoción.

Luego, Paúl fué a reunirse con sus compañeros quienes le hicieron grandes bromas acerca de su suerte amorosa.

¡Demonio de muchacho! ¿Por qué se había fijado aquella chica tan preciosa en él y no en los demás? Realmente hay gente afortunada en el mundo.

Y Paúl, sonriendo forzosamente, procuraba seguir las bromas de sus camaradas, pero en el fondo de su corazón, se decía que la niña rubia, la Nancy maravillosa y artista que vivía en una casa junto a la Es-

cuela Naval, habíase adueñado en breves momentos de su alma, de su voluntad, de su corazón.

A la hora de comer, prosiguieron las bur-las y los comentarios. En la mesa donde estaba Paúl, se sentaron también Albert y algunos otros guardias marinas pertenecientes ya a la promoción de otros años.

A poco, uno de los muchachos, Harrow, un veterano lleno de mala intención y con deseos de burlarse de todo el mundo, preguntó a Paúl:

—Oiga, joven... ¿es usted acaso pariente de Juan Randall, famoso jugador del equipo de futbol del Ejército?

—Es mi hermano, señor—respondió con cierto orgullo.

—Su hermano, ¿eh?... ¡ya verá lo que le pasa cuando se enfrente con el equipo de la Armada!

—Sobre eso hay mucho que decir.

—¿Cómo? ¿Protesta? ¡Sumérjase en el acto!

Sumergirse significaba, en el lenguaje de la Escuela, ponerse en cuclillas bajo la mesa, como castigo impuesto por los camaradas.

Paúl no tuvo otro remedio que desaparecer bajo la mesa y aguardar a que le indultaran de aquella incómoda postura.

Pero Albert protestó al ver el castigo de su compañero.

—¡Lo que hacen con él no es justo!— dijo.

Harrow, que ya tenía noticia de que aquel muchacho quería saber de todo y deseaba hacer siempre su ley, le miró de pies a cabeza y le dijo desdeñosamente:

—Usted tiene muchas agallas, amiguito... Parece usted un héroe de película cómica. Oiga, ¿sabe usted lo que hacen en las películas cómicas?

—Pues... tiran pasteles, señor...

—¡Perfectamente!— exclamó, estallando en una carcajada.

Cambió una mirada de inteligencia con otros amigos de los últimos años y agregó:

—Esté en su cuarto esta noche con un pastel bien grande, blando y repleto de crema. ¿Comprende?

—¡Sí, señor!

—¡Y ahora, sumérjase! ¡Eh, Paúl, queda usted indultado! ¡Levántese!

Y a tiempo que Albert se ocultaba bajo

la mesa, reaparecía Paúl, y reanudaba con apetito, y sin protesta alguna el sabroso plato que humeaba ante él.

Uno de los guardias marinas, mirando la poca corpulencia de Paúl, le dijo:

—¡Lástima que no sea usted fuerte como su hermano! Nos vendría muy bien un jugador como él.

—He pedido ingresar en el equipo de fútbol.

—Pesa usted poco para ello... pero ya se desarrollará...

—No, si sigue comiendo habichuelas viudas— dijo otro muchacho.

Y todos rieron aludiendo al plato que tenía delante.

Por la noche, Harrow y sus amigos se presentaron en el cuarto de Albert. Este se hallaba hablando con otros camaradas de los recién ingresados.

—¿Consiguió el pastel? — le preguntó Harrow.

—Sí, señor, e hice que le pusieran sus iniciales.

—¡Démelo!

Cuando lo tuvo en sus manos, agregó:

—Vamos a ver, Albert, ¿qué es lo que dijo usted que hacían en las películas?

—Tirar pasteles.

—Pues, ¡aprenda!

Y arrojó el pastel a la cara, ensuciando al pobre muchacho de manera lamentable.

—Como es usted un héroe de película... eso no le hace nada, ¿verdad?—dijo riendo.

Albert tuvo que sonreír forzosamente ante aquella novatada de mal gusto. Mientras se estaba limpiando la cara y apartando de sí los restos del pastel, aparecieron en el cuarto unos oficiales, quienes al darse cuenta de lo que había ocurrido, miraron severamente a Harrow y uno de ellos le dijo:

—Eso es la mar de gracioso, señor Harrow, pero le costará sus vacaciones de Pascua.

Harrow y los suyos se alejaron tristemente, lamentando que se hubiese descubierto la bromita.

¡Ay! Si no venía algún indulto, Harrow tendría que comer, alejado de los suyos, el pavo trufado de Navidad. ¿No les habría denunciado alguien?

Al ver en el corredor a Paúl sospecharon de él. Sí, él era el autor. Pero le costaría cara la delación.

* * *

Se acercaba la temporada de fútbol.

El equipo de la Armada se preparaba para la gran lucha que en breve tenía que celebrar con el equipo del Ejército.

Los entrenamientos se efectuaban con gran intensidad... El juego del fútbol rubgy, cuya especialidad ellos cultivaban, es duro y exige una verdadera preparación atlética.

Todas las mañanas realizaban ejercicios de prueba de resistencia, de agilidad, de valentía.

Lanzábanse sobre un muñeco al que debían derribar después de un fantástico asalto.

Albert realizó aquel ejercicio de modo no muy hábil, y el entrenador le dió consejos sobre la manera cómo debía hacerlo.

—No me tiene que enseñar nada, amigo

—protestó el discolo muchacho—. Yo era el campeón de mi colegio en Paducah.

—Bueno... Vaya a su puesto... y no me moleste más—replicó el entrenador que no admitía que nadie discutiese sus órdenes.

Luego le tocó el turno a Paúl en cuya alma vibraba la ilusión de ser tan buen jugador como su hermano.

La primera vez realizó el entrenamiento de modo lamentable, no consiguiendo derribar al muñeco.

—Usted no nos sirve... No es fuerte—le dijo el entrenador.

—¡Déjeme probar de nuevo!... Lo haré mejor la próxima vez.

—¡Repita!

Volvió a hacerlo y fracasó también.

—Vale más que devuelva el vestido de fútbol... Usted pesa muy poco y para ese juego se necesitan atletas.

—No... no... Yo quiero jugar.

Y alejóse malhumorado, preguntándose por qué no tenía que ser tan hercúleo, tan varonil, tan fuerte como su hermano, cuya robustez era de verdadero gladiador.

Paseando por el jardín, Paúl acercóse in-

conscientemente a la verja que le separaba de la casa de Nancy.

La muchacha apareció momentos después y al ver su semblante triste y melancólico, le dijo:

—¿Qué le pasa? Cuénteme, por favor.

El explicó su inutilidad para el juego y las hurras de que le hacían víctima todos sus camaradas.

—Parece que no sirvo para nada—dijo—. No sé apenas hacer el ejercicio... no sirvo para los deportes... En fin, soy una calamidad.

—No diga eso. El mejor jugador de la Armada no puede ingresar en el equipo hasta su último año en la Academia.

—Pero yo...

Usted hará lo mismo... Prométame que probará de nuevo el año que viene.

Humorado por la fuerza que da el aliento de una mujer, contestó sintiendo revivir en él una fortaleza extraordinaria:

—Nancy, es usted un ángel... Seguiré sus consejos.

Y volvió a la Academia más animado que antes, porque además de su amor a la carrera, de las tradiciones familiares que le

exigían triunfar, estaba el deseo supremo de una mujercita que le decía: ¡Adelante!

* * *

Después de cenar esperaba a Paúl Randall una sorpresa. Al llegar a su cuarto encontró a Harrow y a otros amigos que parecían venir en son de guerra.

Harrow, que pensaba que Paúl le había denunciado a los oficiales en el asunto del pastel de Albert, estaba dispuesto a vengarse del que, injustamente, creía su delator. Y sin embargo, Paúl era completamente inocente. Fueron los gritos y carcajadas que dieron aquella noche Harrow y sus amigos los que llamaron la atención de los oficiales que entraron en el cuarto de Albert y se encontraron con el suceso del pastel.

Si Paúl se halló entonces en el cereano corredor, fué por pura casualidad, sin que para nada denunciase a sus camaradas.

Harrow, al ver ahora entrar a Paúl, le dió un papel y le dijo:

—¡Acabo de hallar un poema que relata las grandes hazañas de su abuelo!

—¿Y qué?

—Que hará usted el favor de recitarlo ahora mismo, sino...

Y Harrow le amenazó con fiereza...

El pobre muchacho, obligado por las amenazas de Harrow y de los compañeros de éste, tuvo que declamar un grotesco poema en el cual se ponía como chupa de dómine al pobre almirante Randall.

Albert que había ido también al cuarto, protestó con energía contra lo que estaban haciendo, pero le obligaron a callar.

Pero como los versos fuesen ya además de burlescos insultantes, Paúl negóse rotundamente a proseguir su lectura.

—Eso es una infamia... Hagan el favor de salir... de no molestarme más y de burlarse de sus cosas, no de las mías.

—¡No, amiguito!... Todavía debe usted recitar otro versito... La cosa se irá poniendo ahora mejor y mejor.

—¡He dicho que no!

—Pues recitará usted... Debemos escarmentarle para que la próxima vez no vaya con chismes a los oficiales de guardia.

Paúl se volvió pálido.

—¿Chismes yo?—protestó, temblando de rabia—. Jamás he ido con chismes a nadie... ¿Cree usted... acaso... que soy... un espía?

—¿Algo de eso!

—No sé cómo me contengo. Nunca he espionado a nadie... jamás he delatado a un camarada, ¿entienden? ¡Ah, si yo hubiera llegado a saber que esa broma que hacían conmigo era para castigarme una supuesta delación!... He tolerado esos versos porque creía que se trataba de una novatada, aunque para mí era bien doloroso el hacerlo, pues ponían ustedes en ridículo a mi propio abuelo... Pero... yo... yo lo juro... soy un oficial... un caballero... algo que usted, Harrow, jamás lo será. ¡Hemos terminado!

E indignado, abriéndose paso sofocado por la ira y el dolor, marchó al jardín, mientras los demás guardias marinas comentaban, profundamente impresionados, la actitud de su camarada que de simple chiquillo que pensaban era, se convertía a sus ojos en todo un hombre.

—Creo que me he equivocado acerca de ese muchacho—dijo Harrow—. Es un verdadero hombrecito.

Y luego mirando a sus camaradas, les dijo con noble retractación de su actitud:

—Caballeros, quiero pedirles perdón por mi conducta con uno de sus compañeros.

Y cada uno regresó a su habitación con la melancolía de haber obrado mal con aquel chiquillo de primer año, en quien la dignidad latía con la misma fuerza que en el corazón de los demás camaradas.

Pasó Paúl Randall aquella noche en el jardín, vagando de un lado a otro, lleno de melancolía, forjando planes y deshaciéndolos poco después, pero preguntándose por qué era el blanco de todas las miradas y el objeto de burla de todo el mundo.

Sonó el toque de diana. Media hora después se presentaron en el patio todos los marinos para pasar revista... y Paúl no acudió.

Harrow y sus amigos se estremecieron cuando vieron que Paúl no estaba en la formación.

¿Qué sería de aquel muchacho? ¿Qué habían hecho inconscientemente con él?

Ajeño a todo, Paúl rondaba junto a la verja de la casa de Nancy.

La dulce muchacha al verle allí en el mo-

mento en que estaban pasando lista, llegóse hacia él y le preguntó con gran interés:

—¿Qué le pasa, Paúl? ¿Por qué está ausente de la revista?

—¡No me pasa nada, Nancy... absolutamente nada!— respondió.

—Usted me oculta algo. ¿No tiene confianza en mí?...

—Pues bien. Vale más que lo sepa de una vez... ¡He decidido marcharme de la Academia!

—¿Lo ha pensado usted bien? Su abuelito y toda su familia lo van a sentir mucho.

—¿Qué quiere que le haga? No puedo aguantar más... Todo el mundo se burla de mí... todo el mundo...

—¡Anímese, Paúl!... Otros muchachos se encontraron con las mismas dificultades de usted y las vencieron con el dominio de su carácter y de su voluntad... ¡No se vaya!... ¡Yo se lo pido!

Y había en sus hermosos ojos azules tal imploración que Paúl sintió que sus fuerzas vacilaban.

—¿Usted no quiere que me vaya?

—¡No lo quiero!...—repuso dulcemente.

—Entonces... me quedaré... Sufriré... y procuraré hacerme respetar.

—Yo le ayudaré con mi recuerdo.

Se acariciaron un instante las manos... y Paúl volvió velozmente a la formación que se estaba terminando y pidió al oficial le dispensase por haberse retrasado unos minutos.

Por ser la primera vez, no fué objeto de ningún castigo aunque sí sufrió la consiguiente reprimenda... La puntualidad es una de las grandes virtudes militares.

Acabada la revista, Harrow se acercó a su amigo y le brindó su mano.

—Paúl Randall, quiero pedirle perdón por lo de anoche, y si en algo puedo servirle...

Sin mezcla de rencor estrechó su diestra y respondió mirándole frente a frente, como a un igual:

—Si efectivamente desea servirme... enseñeme a jugar al fútbol.

—¡Concedido!

Y desde aquel instante, Harrow quiso ser para él el mejor amigo del mundo.

* * *

Pasaron los meses... Paúl había realizado progresos en sus entrenamientos de fútbol aunque le perjudicaba su poco peso, su delgadez. ¡Eran tan necesarios los músculos, la fortaleza, en aquel juego casi brutal!

Llegó la primavera, y el equipo de natación del Ejército invadió la Academia Naval, celebrando con el equipo de la Armada, una importante competición en la gran piscina.

Juan Randall formaba parte de los nadadores del Ejército que debían disputar la supremacía a los de la Marina.

Había numerosos invitados entre los que se encontraban los dos abuelos de los Randall, Marian, la dulce coqueta, y Nancy, la delicada rubia que era como una estrellita que guiase la carrera naval de Paúl.

La lucha fué muy competida entre los dos bandos, pero finalmente triunfó el equipo del Ejército.

Ello provocó gran desencanto en los partidarios de la Armada, y el abuelo Randall tuvo que soportar las burlas y denuestos del abuelo Somers.

—¿No te lo dije, Randall? El Ejército puede enseñarle a la Armada hasta a nadar.

—Ya vendrá algún día la revancha.

Por la noche, en honor de los dos equipos se organizó un gran baile en la propia Escuela Naval, a la que concurrieron numerosas familias.

Marian bailó con Paúl, pero apareció Juan, y con su acostumbrada tranquilidad, separó a su hermano de la muchacha.

Más tarde, mientras Paúl hablaba con Nancy llegó a ellos el cadete Juan, y Paúl, nervioso, tuvo que hacer las presentaciones.

Paúl había presentado su hermano Juan a Nancy... El valiente cadete y afamado jugador de rugby a quien le gustaban todas las mujeres, comenzó a mostrar profunda simpatía por aquella muchachita, sin hacer caso de las miradas severas e inquietas de Paúl.

Bailó varias veces con ella, y Nancy, tímida y dulce, no pudo negarse a aquella invitación, mientras el pobre Paúl en quien

volvía a resucitar la timidez, veía como su propio hermano le estaba quitando la mujer que amaba.



... separó a su hermano de la muchacha...

Albert había querido bailar con varias muchachas, sin conseguirlo, pues todas tenían su compromiso... Y si alguna vez con-

segua bailar unos compases, venía otro marino a quitarle la pareja, diciéndole que ya la tenía comprometida de antemano.

El comodoro, con un carnet en la mano,



Nancy, tímida y dulce, no pudo negarse...

iba de un lado a otro, mirando a todos los marinos, con un gesto de espanto.

Harrow se acercó a él y le dijo al ver su cara asustada y más fea aún que de costumbre, con ser ésta de una pronunciada fealdad:

—¿Qué le pasa, Comodoro?... Parece usted un desastre naval.

—Mi hermana Susana está aquí y estoy tratando de buscarle compañeros de baile.

—¿Tiene usted un retrato de ella? —le preguntó Harrow, temeroso de que la niña se pareciese al hermano.

—No... no...

—Dispense entonces... pero tengo compromiso.

Y se alejó sin quererse exponer a bailar con una muchacha poco agraciada.

Y el pobre comodoro, de un lado a otro del salón, seguía buscando una pareja para su enigmática hermana.

—Mi hermana Susana está aquí y estoy tratando de buscarle compañeros de baile —repetía.

Y todo eran excusas y vagnedades ante la posibilidad de que la hermanita tuviera un físico como el del comodoro.

—Perdone, pero he bailado tanto esta noche que no puedo mover los pies—dijo Albert que no había podido conseguir ni un baile.

—Lo siento, amigo mío... pero estoy de servicio esta noche...—contestó otro marino.

Finalmente encontró el comodoro a Juan Randall que acababa de dejar a Nancy, y le invitó a bailar con su hermana.

Juan Randall tenía la idea de que no existían mujeres feas en el mundo, así es que aceptó de buen grado la proposición.

Y apareció Susana... y resultó una criatura deliciosamente bonita, de una belleza embriagadora, con la que Juan Randall bailó complacidísimo un vals lento.

Los que antes habían rechazado el danzar con Susana se mesaban ahora los cabellos al pensar que habían perdido tan adorable oportunidad.

Y en vano se acercaron a Juan para que les cediese la pareja; él no quiso hacerlo, contento de susurrar al oído de Susana las bellas palabras que son madrigales y caricias.

Mientras tanto, Paúl había permanecido aburrido, sin poder acercarse a su amada Nancy, que también estaba rodeada de una nube de admiradores. Marian se acercó a él, y Paúl estuvo a punto de confesarle la causa de su hastío... Pero temiendo que ella no le comprendiese, se alejó para proseguir solitario, sus amargos pensamientos.

Más tarde, Juan Randall dejó a Susana para danzar con la numerosa legión de muchachas que ahora se disputaban el honor



... para que le cediera la pareja...

de un baile, y volvió al lado de Nancy que estaba hablando con unos oficiales.

Le encantaba esa delicada rubia, y después de bailar con ella, se dirigió en su compañía al jardín, deseando que la soledad fuera la compañera que le inspirara elocuentes frases.

Uno de los guardias marinas fué a advertir a Paúl lo que estaba sucediendo:



... estuvo a punto de confesarle la causa de su hastío.

—Acabo de ver a su hermano con Nancy... Me parece que ella ha capitulado.

—¿Qué quiere decir?

—Que su hermano ha rendido el corazón de la bella. ¿Qué quiere? Son triquiñuelas de Juan...

Paúl, furioso, se dirigió al lugar donde estaban los dos tórtolos y oyó que Juan, estrechando entre sus brazos a Nancy, le decía:

—Vamos, no se enfade, chiquilla... ¿Por qué no quiere?... No hay nada malo en abrazarme... Para eso nos dió Dios los brazos.

—No... no puede ser...

—¡No sea tonta! El beso y el abrazo son las cosas más bonitas de la tierra. Mire.

Y la abrazó, y sus labios se acercaron a los de la muchacha, ávidos de saborear aquella roja flor.

Mas Paúl apareció ante ellos, y Nancy, al verle, dándose cuenta de su repentina debilidad, se echó a llorar y buyó prestamente, roja de vergüenza por haber consentido en la caricia.

Los dos hermanos se miraron frente a frente... Juan, alegremente, sin odio ninguno, pues para él las mujeres no eran más que vagos "flirts", con los que era encantador pasar un rato; Paúl, con el furor del

hombre celoso que ve en peligro su bienestar.

—Veo que mi compañera tenía razón



—No hay nada malo en abrazarnos.

—dijo Paúl indignado—. Lo que es mío es tuyo, y lo que es tuyo, también.

—Ya te tengo dicho que si quieres algo, no esperes a que te lo den: tómallo y no

lo dejes escapar de tus manos—contestó sin dar importancia a sus propias palabras.

—¡Qué doctrina!



... Paúl apareció ante ellos...

—Nadie te va a dar nada por tu cara bonita... ni aun tu propio hermano. De manera que, cuando te propongas conseguir una cosa... no cejes en tu empeño... Ve de prisa, reténla bien, para que no te la quiten.

Y marchó, mientras Paúl ahogaba en su

corazón las palabras de protesta y de odio que surgían de su alma. Pero no podía decir las... Se trataba de su hermano.

Luego fué a reunirse con Nancy y le preguntó bondadosamente:

—Dígame, ¿le inspira algún interés amoroso mi hermano Juan?

—¿Su hermano?... No, no... Fué una tontería... algo sin importancia... créame... El ejército está demasiado lejos de aquí.

Y sonrió de modo cariñoso, mientras Paúl repetía con singular deleite:

—¿De veras no le inspira ningún amor mi hermano?

—Le aseguro que no.

—¡Gracias, Nancy, gracias!

Y, de ser menos tímido, hubiera imprimido en aquellos labios en flor la gota de miel de un beso.

* * *

Pasó otro año... llegó una nueva temporada de fútbol... y un equipo débil de la Armada tuvo que ir a hacer frente a los invictos jugadores del Ejército.

Entre los que marchaban para ir al gran estadio de la ciudad donde debía tener lugar el gran match, figuraba Paúl Randall, que iba en calidad de suplente.

Paúl despidióse de su adorada Nancy, a la que, sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido, no había declarado su amor.

—¿Nancy, deséame buena suerte! Quizá me dejarán jugar, si todos los demás quedan incapacitados... Y cuando regrese, te contaré todo lo que pasó, mis seguras victorias...

—Yo voy a ver el juego... tu hermano me ha invitado...

—¿De veras?

Su sonrisa fué amarga... ¡Antipático Juan! ¿De modo que escribía a Nancy invitándola para que fuese al estadio? ¡Ah, qué furor sintió en aquel momento contra Juan, y qué ansias tuvo de hallarse frente a frente con él, con un deseo de vencerle, de superarle, ante la mujer que les estaría mirando!

—Vamos, muchacho —dijo otro de los jugadores—. Mira que si pierdes el tren, no podremos jugar.

—Adiós, Nancy... adiós...

Subió a un autoear, donde estaban ya todos los miembros de la expedición... Y Paúl, tristemente, se preguntaba:

—¿Por qué no habrá invitado Juan a una de sus muchachas conocidas... a Marian, por ejemplo, y habrá dejado en paz a Nancy?

Tras varias horas de viaje llegaron a la ciudad donde iba a celebrarse el famoso partido.

Un partido de futbol rugby entre el Ejército y la Armada es uno de los espectáculos de mayor colorido de los deportes norteamericanos.

Más de cien mil personas ocuparon aquella tarde el inmenso estadio, poseídas de una alegría sin límites, de un entusiasmo loco en pro de los colores de su predilección.

Se agitaban banderas, pañuelos, sonaban aplausos y había un gran rumor, como un mugido gigante de una muchedumbre ávida de victoria.

En los palcos se hallaban los dos abuelos de Juan y Paúl, de esos muchachos a quienes tal vez el Destino iba a poner frente a frente. En otro palco se hallaba Nancy con

varias amigas, y en otro Marian, rodeada de su eterna masa de admiradores de su belleza y de su coquetería.

Salió el equipo del Ejército, siendo objeto de una ovación delirante. Luego apareció el de la Armada, y la ovación no fué menor.

Ya en formación los dos equipos, tocóse el himno nacional, y se hizo un silencio grandísimo, mientras todo el mundo se ponía en pie, las cabezas aparecían descubiertas y las notas sonoras de la marcha de los Estados Unidos invadían el espacio.

¡Espectáculo emocionante, que contrastaba con el griterío de momentos antes! ¡Los dos bandos callaban, rindiendo la misma adoración hacia la Patria única, a la cual, ellos, Ejército y Armada, estaban obligados a servir!

Terminadas las últimas notas del himno, volvió a levantarse un griterío ensordecedor y comenzaron a hacerse los preparativos para el match.

Juan fué a saludar a Nancy, como si ella fuera su inspiradora. Luego volvió al terreno y dijo a Paúl, que no se alineaba en el primer equipo, y si estaba allí ya ves-

tido con el "maillot", era en su calidad de suplente:

—Mucha suerte, joven, y ¡ojalá que te dejen jugar!

—¡Yo lo deseo más que tú, pedazo de alcornoque!—protestó Paúl, mirándole severamente.

Juan lanzó una carcajada y dijo a sus compañeros del equipo militar:

—Este bravucón es mi hermanito... ¡Un chico de cuidado!

Paúl hizo un gesto desdenoso y volvió a reunirse con los otros suplentes, mientras el equipo militar iba a prepararse para comenzar.

—Conque lo que es mío es de él, ¿eh? protestó Paúl, mirando a sus amigos—. ¿Por qué tuvo que ser él quien invitó aquí a Nancy?

—¡Hombre!—le respondió Albert, que también estaba allí en calidad de suplente.—Nadie va a dejar a una muchacha tan bonita como Nancy en paz por mucho tiempo...

—Lo que es si me dejan jugar... soy capaz de romperle la cabeza.

Pasó el entrenador, dando las últimas

instrucciones al primer equipo. Luego, mirando burlonamente a Albert, que tenía la esperanza de ser alineado pronto, le dijo:

—¿Trajiste un cojín?

—¿Yo? ¿Por qué?—preguntó asombrado.

—Te va a hacer falta, porque vas a estar sentado en el banco toda la tarde.

Y prosiguió su camino, riendo, mientras en el corazón de Albert vibran chispas de indignación.

* * *

Listo ya el primer equipo, el entrenador se dirigió a él y le dijo:

—Vais a jugar con el equipo más fuerte que la Academia Militar ha tenido... El ataque gira en derredor de un hombre... Juan Randall... Si lográis contenerle, venceréis.

Todos sonrieron con la seguridad de ganar.

—Ahora, id a luchar, y no olvidéis que un equipo que se niega a ser derrotado, jamás conocerá la derrota.

El capitán Harrow avanzó hacia el centro del terreno, donde ya le esperaba el árbitro, y Juan Randall, el capitán del grupo de la Armada. Se sorteó el terreno y ganaron los marinos.

Todo el mando estaba ya alineado. Iba a dar principio el famoso partido. El árbitro consultaba el reloj para lanzar el silbato inicial.

En una cabina, un periodista se disponía a comunicar a toda la nación, por medio de la radio, los incidentes del juego.

Paúl, Albert y otros suplentes, lamentaban no poder jugar y anhelaban el glorioso triunfo de sus colores.

—¡Oye, Paúl! —le dijo Albert—. ¿No viste hacer poco a Nancy, que te saludaba desde un palco?

—¡No! Estaba mirando a ese hermano mío... tan presumido... ¡Qué rabia le tengo! ¡Ojalá sea derrotado él y todo su equipo!

¡Ya! ¡Por fin! El árbitro indicó la señal de comenzar... El Ejército es el que inició el juego, y la Armada se aprestó a la defensiva.

La lucha se llevaba a un tren extraordinario, coreada por las voces entusiastas de

un público que aplaudía febrilmente los avances del Ejército, mientras otra gran multitud silbaba, creyendo ver irregulari-



La lucha se llevaba a un tren extraordinario...

dades y juego sucio en la actuación militar.

El "speaker" de la radio iba dando cuenta de las incidencias del famoso match.

—El Ejército avanza y está replegando

a la Armada en el goal... El cadete Juan Randall está jugando magistralmente.

Y así era la verdad. Valiente, lleno de aplomo, esquivando soberbiamente las entradas adversarias, Juan Randall había conseguido apoderarse del balón y avanzaba veloz cada vez más, hacia la puerta enemiga. Los de la Armada se echaban sobre él, pero no conseguían arrebatárselo el balón.

Los partidarios del Ejército consideraban ya segura la victoria, mientras los de la Armada chillaban estrepitosamente, acuciando a sus jugadores para que no desmayaran.

Uno de los jugadores de la Armada se desplomó herido, y suspendióse momentáneamente el juego, para buscar un suplente.

Paúl y Albert creyeron que iban a ser los elegidos para aquel puesto de honor, pero el entrenador mandó a otro muchacho de condiciones hercúleas.

No protestó Paúl, ocultando su rabia interiormente, pero en cambio, Albert, hubo de manifestar:

—Oiga, jefe, parece que se olvida usted de que yo fui el campeón de mi colegio en Paducah.

—Me parece que ha mencionado usted eso más de una vez—le respondió despectivamente.

Reanudóse el juego, y Juan Randall, valiente y oportuno, consiguió, con una soberbia actuación, marcar el primer tanto a favor de su equipo.

Ello provocó delirantes manifestaciones por parte de un sector de público. El abuelo Somers se burlaba alegremente del abuelo Randall, que no dejaba de gritar a los suyos para que no debilitaran su entusiasmo.

—¡Ganamos... ganamos! ¡Ese es mi muchacho! —decía Somers—. ¡Viva el Ejército!

Y terminó la primera parte con un ensayo a favor del equipo del Ejército, sin que la Armada hubiese conseguido ganar ni un solo punto.

Pero no por eso se descorazonaban. Falta aún la mitad del partido y las cosas podían volverse del revés.

* * *

Durante el descanso, el entrenador animó a sus jugadores de la Armada.

—¡Me siento muy orgulloso de vosotros, muchachos! ¡Mostráis el espíritu de la Armada!... Pero es preciso que en la segunda parte detengáis los ímpetus de Juan Randall.

—Si yo pudiera tomar parte en el juego, haría más que detenerlo—dijo Paúl.

No le hizo caso el entrenador, quien ordenó que el equipo se alineara de la misma manera.

Volvió a reanudarse el juego con bravura y dureza...

Naney, desde su palco, lamentaba que Paúl no tomara parte en el match. Tenía fe en ese muchacho, a quien quería mucho... ¡Sí, a quien quería! Sus bromas, sus consideraciones hacia Juan, no tenían importancia... Ella sólo sentía interés por Paúl...

¡Ah, si Paúl hubiera jugado! ¡Qué deseos tenía ella de que ese guardia marina

se revelara y demostrara de lo que era capaz, de si efectivamente llevaba dentro un temperamento de luchador.



—¡Me siento muy orgulloso de vosotros, muchachos!

¿Por qué no jugaba?

El partido seguía con creciente interés. Ahora la Armada se defendía y la ofensiva del Ejército era menos intensa. A pesar de todo, Juan Randall iba avanzando con

los suyos, que volvían a estar ya en terreno naval.

—¡Muchacho!—dijo uno de los masajistas a Paúl, que contemplaba con sorda rabia los triunfos de Juan—, tu hermano se está llevando de calle a la Armada, como lo hizo con tu novia.

—¡El pilló!—murmuró—. ¡Si yo pudiera jugar!...

Hubo una nueva interrupción de juego. Otro jugador de la Armada había caído lesionado. Preciso era buscarle un sustituto.

El entrenador fué a designar otro suplente, que no era ni Paúl ni Albert, colocados siempre en último término.

Pero el masajista, que había visto en los ojos de Paúl un fuego de confianza sin límites, suplicó:

—Jefe, tengo un presentimiento... Permítame que juegue Paúl Randall.

—¿Ese chiquillo?

—Está disgustado con su hermano porque parece que le quiere quitar la novia... ¡Está que arde!

—¡Aceptado!

Y, llamando a Paúl, le dijo:

—Vaya a jugar, y no permita que su hermano dé un paso más, ¿entiende?

—¡Jugaré con alma y vida!—respondió Paúl, emocionado, corriendo hacia el terreno a reunirse con sus compañeros.

Nancy le vió y su mano saludó sonriente al que era su preferido. También el abuelo Randall aplaudió jubiloso, al ver aparecer a su nieto preferido. ¡Ahora se iban a medir bien las fuerzas!

Cuando Juan Randall vió a su hermano en el equipo de la Armada, sonrió con una mueca de conejo.

—Procura no encontrarte conmigo... porque sino...—le dijo.

El árbitro dió la señal de reanudación de juego... Los dos hermanos se miraron con ironía, contemplando al mismo tiempo la pelota, que era preciso disputar.

Juan Randall advirtió en voz baja a sus compañeros:

—Corramos por la izquierda esta vez... Mi hermanito es una nulidad.

Se puso la pelota en juego... La cogió Juan, pretendiendo avanzar; pero antes de que hubiera dados muchos pasos, ya su hermano se había lanzado contra él con

magnífica serenidad, interceptándole el avance.

Sonó en el estadio una gran ovación. Por primera vez, Juan Randall fallaba...

Tuvo que ponerse de nuevo en juego el balón, y Paúl, mirando a su hermano, le dijo:

—Conque lo que es mío es mío, ¿eh? Bueno, prueba otra vez y veremos.

Juan no le contestó y tan pronto el árbitro dió la señal, cogió la pelota para continuar el avance. Pero una vez más su propio hermano lanzóse sobre él, le arrebató el balón y avanzó bastantes metros hacia el terreno del Ejército, hasta que le hicieron caer varios jugadores contrarios.

Los partidarios de la Armada prosiguieron sus estruendosas ovaciones, mientras Juan Randall y su equipo se veían obligados a reconocer que el esfuerzo de Paúl se hacía notar mucho en las filas de la Armada.

—Me quisiste robar a Nancy—murmuró Paúl al oído de su hermano—. ¿No es cierto? Te apoderas de todo lo que quieres en este mundo, ¿verdad? Pues, toma la pelota... pero yo te voy a enseñar.

—Esta vez te voy a derribar, estúpido... y no podrás impedir mis progresos—dijo Juan.

Otra vez en juego, Juan Randall esquivó



—*Me quisiste robar a Nancy...*

a todos sus contrarios y consiguió avanzar; pero su hermano Paúl, en un nuevo alarde de magnífica serenidad, le quitó limpiamente el balón y adelantó como un gamo hacia las líneas militares.

Faltaban pocos metros para llegar a la

línea de ensayo, cuando los del Ejército, en violento esfuerzo, lograron impedir que adelantase más... Pero acababa de ganar, así y todo, un terreno considerable.

La tensión nerviosa crecía en todo el estadio. Faltaba sólo un minuto para terminar el partido, y mucha gente comenzaba a creer en el triunfo, o al menos en el empate, del equipo naval.

Nancy lo deseaba con todo su corazón. Admiraba, emocionada, el juego valiente y sereno del marino, que incluso vencía la fuerza y la ciencia de Juan.

También el abuelo Randall estaba loco de contento, mientras Somers seguía aún confiando en la victoria del Ejército.

Sonó el silbato. Paúl Randall, a pesar del esfuerzo de sus adversarios, singularmente de su hermano Juan, logró marcar un ensayo, cayendo con la pelota sobre la blanca línea indicadora del triunfo.

La ovación fué triunfal. Millares de pañuelos se agitaron al aire y las gargantas tronquecieron clamando triunfo.

¡El empate, el empate!

Nancy lloraba de emoción y el abuelo Randall exclamaba, pleno de loca alegría:

—¡Ese es mi muchacho, ese!... ¡Viva la Armada!

Paúl y sus amigos estaban locos de júbilo. Ahora era preciso transformar el ensayo para marcar gol y adjudicarse el triunfo definitivo.

—¡Armada! ¡Armada!—clamaban millares de voces.

Paúl quiso marcar la transformación; que hubiera dado a su equipo la victoria; pero los adversarios, bien colocados, consiguieron interceptarlo.

—¡Interceptado!—exclamó el entrenador de la Armada con melancolía—. ¡Bueno, de todos modos, hemos empatado!

Señaló el árbitro el fin del partido con un empate entre el Ejército y la Armada. Para la Marina, que los últimos años había perdido siempre, ello constituía un triunfo envidiable.

Los equipiers de la Escuela Naval cogieron en hombros a Paúl Randall, verdadera revelación de la temporada, el artífice del prodigioso renacer de todo el equipo.

Paúl sonreía, emocionado. No era a sus fuerzas a quien debía todo ello, sino a Nancy.

Juan corrió a su encuentro y, estrechando calurosamente la mano de su hermano, le dijo, sin asomo de rencor:

—¡Magnífico, muchacho!... Tu actuación ha sido soberana... Y ahora no sufras, no te preocupes por Nancy... Ella no era para mí más que un "flirt" sin importancia y, además, Nancy no me hace el menor caso. ¡Tuya es! En mí, nunca has de tener un rival.

Paúl, que pudo librarse finalmente de sus compañeros, miró con emoción a su hermano, que le hacía aquella confesión tan franca y tan leal, y le respondió:

—¡Gracias, Juan! Siento mucho haber tenido que quitarte tus laureles... pero no ha habido otro remedio...

—¡Ya era hora, Paúl! He sido héroe de fútbol por demasiado tiempo... Ahora te toca a ti.

Juan apartóse unos pasos, para hablar con unos amigos que comentaban el resultado, y Marian, la bella coqueta, se acercó a Paúl, el héroe de la jornada, y le dijo:

—Me siento muy orgullosa de ti, amorcito... ¿Me vas a llevar al baile esta noche? ¿Quieres?

Vaciló Paúl y contestó dulcemente:

—Marian... lo siento... pero no puede ser. Nancy y yo... vamos juntos. ¿entiendes?

Apareció en aquel momento Nancy, la linda rubia que había sido la animadora de Paúl.

Este, rechazando a Marian, corrió a su encuentro y le dijo:

—¡Gracias, Nancy, gracias!... A ti debo el honroso resultado... Me has inspirado... y he sido capaz de triunfar.

—No esperaba menos de ti, Paúl... Lo merecías.

—Sin tu aliento, nada hubiese hecho... Pero tú... tú...

Y, sonriente, la enlazó por el talle y se alejó con ella, mientras numerosos grupos les vitoreaban.

¡Cuán feliz se sentía Paúl en aquel instante! Recordó las palabras de su hermano: Si quieres algo, no esperes a que te lo den; tómalo y guárdalo.

Y, poniendo en práctica aquellos consejos, dió un rápido beso a Nancy, mientras le decía:

—¡Nancy, te quiero!

Ella sonrió y dijo alegremente:

¡Mi marinerito... mi héroe!...

Y el público que les rodeaba, prorrumpió en nuevas y estrepitosas ovaciones ante aquel muchacho que tenía su gran día, pues amor y gloria de consumo le rodeaban.

Juan les vió alejarse... ¡Que fuesen muy felices! El ya no sería un estorbo. Mujeres no le faltarían nunca.

Marian, la coqueta, despechada por el fracaso con Paúl, se acercó a Juan Randall y le dijo:

—Juan, amorcito, hace poco le estaba diciendo a Paúl que tú me íhas a llevar al baile.

—¿Sí?

Pero apareció el conodoro y dijo a Juan, alegremente:

—Dice mi hermana Susana que se encontrará dentro de media hora con usted en la verja número tres.

—No he de faltar.

Susana era encantadora. Era tal vez la única mujer que le podía inspirar un verdadero amor... Y como Juan viese a Marian que parecía esperar una respuesta, le dijo sonriente:

—Marian, ya no puedo ir contigo...

pero mi amigo, el comodoro Ferragout, está loco por llevarte al baile, y él también es un amorecito como otro cualquiera.

—¿De veras? Pues bien... usted será mi camarada, Ferragout — contestó la joven con despecho.

Y se colgó de su brazo, mientras Juan iba a cambiarse de vestido para acudir a la cita.

Y el baile de aquella noche fué de amores para todos... Juan declaró su pasión a Susana, Paul a Nancy... Y los dos muchachos prometieron, tan pronto hubiesen acabado su carrera, llevar al altar a las que ya eran dueñas de sus almas.

Y entretanto, ellas seguirían siendo las inspiradoras de sus triunfos.

FIN

Ha sido revisado por la Censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16; Madrid: Caños, 1

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití
Estrellas dichosas
La senda del 98
Espejismos
Evangelina
Orquídeas salvajes
El caballero
Egoísmo

Acaba de aparecer:

La máscara del diablo

En preparación:

¡Acontecimiento!

El pan nuestro de cada día

por Charles Farrell y Mary Duncan

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

Éxito sin precedente:

**La
Novela para Todos**

Colaboración selecta. Interesantes
asuntos inéditos.

Ilustraciones en el texto

Pide en cualquier quiosco o librería

La Novela para Todos

Precio: 30 céntimos

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

Gran éxito de

La Novela Sentimental

Precio: 30 céntimos

E. B.

